

Bitácora del cónsul (y Scoroacio)

por José María Pérez Gay

"Tis mine and it is likewise yours;
But an if this will not do;
Let it be mine, good friend! for I
Am the poorer of the two."

—S. T. Coleridge

7/VII/28

Sucede esto con los sueños: llevo unos dos meses, dice la Jarocha, de hablar y vociferar mientras duermo. No sé qué trato de detener con eso. Pero todos los días me levanto con la sensación de estar vestido, envuelto, en una manta arcaica y nostálgica, una manta que pudo cubrir antes imágenes viejísimas de santos o Dioses degradados y que podría rasgar con sólo hacer que la tela resbalara entre mis dedos y se desmoronara de tan inmóvil ya, tantos años.

8/XII/28

Es obvio que no hago que la tela resbale entre mis dedos. Llevo fácilmente ocho meses parado desde que sé lo que voy a escribir; no estos cuatro o cinco capítulos: esas tres o cuatro muecas, nimbadas, mórbidas, que apenas percibo y cuyo fondo me fascina como a veces fascina la estupidez de una

mirada o los muñones de un muchacho que pide dinero en la Avenida Juárez, o la ventana del Consulado; si yo pusiera un pie afuera y luego el otro...

Que sean las melancolías saudades complejísimas: toda la inútil pedacería de los últimos trances, las páginas dispersas, los comentarios escuetos y la sombra de las ardientes antorchas. Sabido es que ahora la desgracia, ya rectificada por las exageraciones, se anida en la ecuanimidad y el equilibrio, en las especies escurridizas del sueño. / Que sea la red que había puesto en tus manos y el polvo de *no* colmillo de león carbonizado, la dieta *Putá Madre*, rigurosa de la pimienta y el nardo. *qué mal escri-* Por lo demás, no nos engañemos: el *bo* hábito morbosos de las rachas de optimismo, cuyo malestar indescriptible es la ejemplificación viva de la ciencia, no podrá arrebatarlos esta perturbación rayana en la locura. Que sea aquel eclipse fatídico que dio el presagio de la excentricidad de la tierra, la avidez de noticias sobre las verdaderas inundaciones, la apreciación de esa vida corta y hazañosa. / Sabemos que es Tenerife el ecuador donde se concilian los polos.

22/XII/28

Sobrevienen inquietudes más graves. Se supone que Toral tiene que ver con el Turco. Carente de imaginación para el detalle, Plutarco exagera sus procedimientos. Sea como fuere, nada cuesta imaginárselo segundos antes del derrumbe, asediado por los remordimientos, reconociéndose en la caricatura. Porque todo cobarde que huye disfrazado de burdo fogonero, ha comenzado a cavar su propia tumba. Entretanto, la herencia se da por aceptada: este miserable linaje de caudillos eunucos y asonadas circenses... En rigor, al abandonar el privilegio que nos otorgaron las armas y aceptar el espantajo del poder político, cunde la gangrena del más lamentable canibalismo. Sería estúpido negarlo.

12/I/29

El deplorable sueño del *Nopalito*: Ser majestuoso y de poder máximo... Pobre lacayo enculado, vil prestamista arrabalero, diplomático de mierda. Desde la muerte de Carlos (Vidal) y Pancho (Serrano), el país ha venido poblándose de pretendientes de la peor ralea. Para no presencia semejante abominación, será mejor residir en Europa. Por otra parte Emilio (Portes Gil) es el hijo incestuoso de Alvaro Plutarco. Pese a todo, él es un político avezado y...

A lo que recuerdo, Vasconcelos era insoportable. Siempre me relató, sin variar, los mismos sucesos. Nunca se le ocurrió tener a la mentira por consejera. Después de todo, sólo te interesan las personas que tienen diferentes versiones de su vida. Rueda Quijano sabía contar esas historias... Los demás son los actores de un solo papel que repiten hasta la





saciedad: el filósofo, el Secretario de Educación, el deplorable político.

Pepe despliega ahora una increíble actividad para declararse héroe oficial. Sí, posee la elocuencia y el patetismo suficientes, puede transitar de la cólera a la más catatónica apatía; dejarse querer, rasgarse las vestiduras en el momento preciso. Sin embargo, su comedia puede llevar a miles al matadero.

26/1/29

Rueda Quijano:

Podía reír a carcajadas, burlarse del más pintado. Ante todo sabía que esos criminales gigantescos temen al humor como a un ácido corrosivo.

14/11/29

Ahora recibo el discurso que Pepe pronunció en Nogales. La demencia de nuestro profeta: "...que es la hora del destino la que vuelve a ofrendarnos una ocasión salvadora". Vasconcelos está convencido de que cometió un delito muy parecido al de Tántalo, que reclamó para sí la inmortalidad o cualquier otro privilegio divino. Hay que joderse con este oaxaqueño. Sí, no es difícil imaginarlo viviendo días terribles, vociferando estupideces contra el que vive enfrente, creyendo forjar la nueva grandeza,



esperando la gloria, posando para los periódicos, repartiendo puestos; hablando de Goethe, recordando a Romain Rolland, incitando a la subversión, enamorando a sus partidarias, embaucando ingenios, describiendo el Jucio Final. Otros, jugando con la sintaxis, creen en la posteridad. Aquí, el Gordo es el más vivo ejemplo. Para vencer sus escrúpulos, dispensan una tímida admiración a los magistrados. Pero secretamente, anhelan el perdón y el reconocimiento de los poderosos. Tal es el yermo panorama. Para estudiar, pues, las transformaciones, variantes y secretos de este país hay que prescindir del embelecador atormentado por su destino, y proceder de acuerdo a un método bien efectivo: nunca conciliar las apariencias. En resumidas cuentas, me quedo con el Gordo. Después de todo, no sólo a Reyes le acontece esa depresión inexorable: tener que abrirse paso por entre este desierto mexicano. Yo, que me he resignado al silencio, persisto también sin esperanza.

2/11/29

Otra extravagancia más de esta miseria: la sedicente fundación del Partido Nacional Revolucionario. Sólo los imbéciles están *in albis*; el Turco nos ha leído la cartilla: en adelante, un silencio disciplinado de cinco o siete años permitirá llegar al espantajo. El simulacro satisfizo a los charlatanes. Les ha concedido entidad de seres vivientes a Morones y López Cortés. Y así va trasladando sus intuiciones de un campo al otro de la política. Si Roberto Cruz es el amigo de los trabajadores, lo mejor será taparse el hocico; si el cerdo infame de Luis N. Morones es el líder aclamado, ya nada podremos esperar de la clase proletaria. Iniciado en recónditos rituales, Plutarco rompe en alaridos y fraternidades; y al fin, fascinado con su obra, piensa que su partidito puede resistir a la ingrata tarea del tiempo. Incluyendo a Melchor Ortega y al imbecile de Manlio Fabio Altamirano, ya se sueña César. Si las duras jornadas han pasado a mejor vida, tenemos gobierno para unos cien años. Los Divisionarios pasaban por gente de buen consejo, se suponía que miraban con ojeriza a Calles. Nada: la nueva casta de los aviesos adivinos mexicanos ha comenzado a cebarse en ellos. El efecto moral de su abstención es funesto. Pero nadie, con excepción de Portes Gil, sabe a punto fijo lo que quiere el Turco. Jeremías se queda corto: "Y dije: ¡Ay, ay Plutarco Elías! Verdaderamente en gran manera has engañado a este pueblo, diciendo: Paz tendréis, pues la espada ha venido hasta el alma." Como fuere, la progenitura se fue a la chingada; esta presea cayó en manos de las instituciones: el expósito en turno reinará sólo unos años. Al término de su reconfortable periodo, tendrá que apechugar y ceder el trono a su posible asesino. El Turco, sin reparar siquiera en esto, ha dado con una de las versiones más diáfanos del



canibalismo político moderno y del culto a Moloch. Tras este embrión, del que sólo alcanzo vagas noticias, he aquí a Plutarco Elías. Sí, ha parido una desconcertante parodia; más precisamente, la *Anagnórisis* mexicana. Si no lo eliminan antes, el país acabará por someterse a la horma implacable de su bota.

16/IV/29

Porto Petro, Mallorca.

Ana Luisa:

He querido recordarte aquí, un poco por cansancio, un poco porque sí, porque no es justo. Mientras la calumnia, la delación y el crimen redoblan sus esfuerzos, eres tú la que cruza por el tiempo. Para ser más exactos, es el chasquido del recuerdo: *Te duele, ¿verdad?* aquellas primicias de tu vientre, el paisaje de tu rostro. Es probable que *Pero no* alguna vida insospechada, humilladísima, rebrote hoy en el temblor casi *la enviaste.* furtivo de las hojas más íntimas de esta *El cuento* isla. Como es de suponer, habrá aquí *de siempre* dentro de poco algo de las cosas que tanto te gustan: girasoles, castañas, ralos pastitos. Yo no sé, mira, soy culpable de literatura, de estúpidas fabri-

caciones irreales, de mentiras. Y sí, parece que es así, que te extraño demasiado. . .

Tuyo,

Julián.

Tres y media de la mañana. Siento que voy dejando a Pepe algo mal parado. Debo apresurarme, pues, en desagravio, a escribirle. Porque mientras Vasconcelos se parte la madre con la Plutarca, tú juegas al Cónsul amoroso de los grandes magnates adscritos a la impunidad de ser viajeros. Aunque siempre has creído que toda dignidad moral es fanfarronería y vanagloria, debes ahora darte cuenta que Pepe hace bien en denunciar los crímenes y el saqueo. Nadie ha negado la licitud de tal empresa. Muy justa, pero arma de dos filos. Por lo pronto, el *Nopalito* será el siguiente. No estoy casado con mi hipótesis. Voy rumiándola, por ver si descubro alguna luz. Al reducir el espacio político a ese *partidito*, Plutarco evita, de golpe, todo tropiezo. El efecto es inmediato: ha inventado una complicada máquina de tributos. Pepe no tiene nada que hacer; al contrario, se convierte en el enemigo que necesitan los malhechores. Además, y esto no está a discusión, es un reverendo pendejo. Carajo, ¿no hay un alma caritativa que le haga ver su infame ridículo? De veras, se las gasta: "Yo siento que la voz de Quetzalcoatl, la misma voz histórica y milenaria, busca hoy expresión en mi garganta y le da fuerzas para que grite yo sin ejércitos a tantos que se respaldan con ejércitos, que es traición a la Patria querer defraudar el voto en estos instantes". . . No hay derecho, nos cree oligofrénicos. Porque si admitimos estas palurderías de la peor laya, justificamos al Turco y a sus secuaces. Impúdica y despiadadamente se nos confina a la mudez. En el fondo, Pepe se burla también de lo que pretende defender. Convéncete, Julián; es un charlatán de mierda. Nos hace creer que aceptó con viril resignación esta fatalidad que le impone el destino, dice percibir el contraste entre su sensibilidad y el objeto que la provoca: Que si la cultura, que si el saqueo de urnas, que si individuos armados de palos y cuchillos, que si Madero. No ha querido más que explotar una espléndida situación, para verse muy fotografiado, contestando reportajes y seduciendo niñas bie. Sobra, pero no sobra decir, que se toma demasiado en serio. Aprovechando la indigencia de este país, busca salir airoso: Todos los recursos y las tretas de los del *partidito* conviven en su lenguaje. Entendámoslo bien: Vasconcelos, cuya formación mental pertenece al siglo XIII es, por hipocresía, por casta y por recursos, un jesuita prematuro venido a menos. Carajo, me entran calosfríos cuando oigo la voz de Quetzalcoatl (que también habla por su raza). Combates nocturnos con el ángel, imis güevos! Por eso, a criticarlo públicamente, es preferible hacerlo pedazos en la intimidad. De verdad resulta tan pobre que se resiste al análisis. No es difícil asesinarlo.



22/V/29

¿Por qué no Pepe:
la mandaste? Amén de coincidir en ciertas no-
Eres un culo ciones extravagantes, nunca entendis-
tembloroso. te a Thomas Hobbes.

Julián.

(Tarjeta postal de Londres.)

14/VII/29

Porque sólo el desnudo nos hace vivir,
y sólo el desnudo.

Soy sólo un reflejo de este espectáculo de locura. Plutarco cree que es anterior al nacimiento y posterior a la muerte. Según esto, es el monarca más formidable de la historia de México. Sin embargo, y si mi hipótesis funciona, de su *partidito* saldrá el asesino. Ahora se deja venir a este continente. Le ha cedido el poder al indígena de la argolla (Joaquín Amaro). El Turco es un maestro de la dinámica del vuelco y de la estática de la situación. Es aconsejable, para evitar el choque contundente, que emigre yo a Francia. Tengo la sensibilidad a flor de piel: si lo veo aquí, no voy a controlarme. La zona más rica de mi alma, y desde luego la más extensa, es el odio. Si lo veo aquí, si hablo con él, me voy a quedar temblequeando. El entozoario que llevo adentro responde al nombre de cobardía. Es mejor no pensar en Arnulfo, en Pancho... Canalla, miserable, que las turbas de seres esquilados en tu abyecta cruzada... Ignoro si quiere verme. No es improbable que necesite mi piedad.

Ginebra, 4/VIII/29

Ana Luisa querida:

(Te transcribo lo que sigue, escrito entre rato y rato en un cafecito de la Place du Molard. Hubiera querido que lo leyeras a mano, pero la letra era demasiado apretada y como siempre, ilegible. Más ilegible que de costumbre.)

...Te escribo una carta desde esta ciudad, con una sensación de burocrática ilegalidad. He optado por una licencia consular: no quiero ver a Plutarco en Londres. Aquí desaparecen todas las cosas que requiero para vivir; es difícil decir cuáles, pero desaparecen. Quiero decirte ahora sólo aquello que sea verdad y nada más. Levanto la vista y no recojo nada, una apariencia cualquiera; lo excluido primariamente de este breve exilio, del clamor y el vocerío de los recuerdos, eres tú; no existes aquí, no podrías, no te dejas existir aquí, como tampoco me dejas a mí mismo. Aquí existe un Julián que desconocerías, como yo lo desconozco; que ha perdido su peso, que es sólo un fantasma —como los

otros, justamente como los otros—, y que busca un éxito fácil —un “está bien”—, con una cuartilla estúpida y mal redactada. Cuando el otro Julián aflora en este sitio, quizá asoma a mis ojos una expresión imbecil. Cuando, como ahora, te escribo —después de leer la más linda de tus cartas, que enviaste al Consulado—, debo parecer extraordinariamente fuera de lugar, imagínate escribiéndote a mano, poniendo en cada palabra una especie de extremo cuidado, de extremo regocijo, para que llegue a ti con todo lo que hubiera deseado que te llevara. Tú eres una de las pocas cosas que parece realmente rescatada al clima de irrealidad que me abruma. El asunto es que volteas a buscar un lugar de dónde partir, algo que recuperar y algo a qué responder; algo que te redima de la oscura sensación de tener una historia sólo como la víctima tiene un verdugo. Y no hay nada, Ana Luisa; es decir, nada que no necesite de una segunda mirada, que sea ya la vida misma. ¿Es posible escribir algo de veras en esas condiciones?

¡Oh sí: fragmentos!

Fragmentos:

Yo trato de mirar, trato de ser, voy andando entre esos escombros: papeles viejos que hablan de ti, de nosotros, esbozos imposibles. Hurgo, delibero. Mire, vea, imaginárselos no cuesta nada: hay fotos, hay vestigios que juntar, puede usted caminar la Kensington High Street, o recorrer los bares y mirarlo todo, desparramar la vista, y a ellas una por una, y decir: tomo este gesto, esa pantorrilla, ese vestidito escocés de cuadros verdes con lineaje amarillo, y esos ojos que parecen venir, haber estado, y consignarlo todo, esa cabellera sin orden, ese cuerpo delgado. Y luego qué. Si lo que trato de saltar, si lo que quiero dejar atrás definitivamente es el foso de los incidentes...

Y principios, inicios prometedores, como siempre. (¿Dónde quedaron aquellos sueños que prometían el futuro, dónde aquellos soldados que barrieron en la batalla de *Trinidad*, dónde aquellos gambusinos del absoluto, dónde los que pensamos que el movimiento armado nos daría la completa redención y seguimos, seguimos ahora, a pesar de todo?)

Inicios prometedores, Ana Luisa:

Pensará en esa isla.

Cómo regresar, cualquiera: se pone en un barco, se pone en un Zeppelin, se pone en cualquier sitio que lo saque de ahí, y lo vaya trayendo de donde salió algún día y ya se dice, Ha regresado, Ha vuelto, y otros sinónimos absurdos. Como esperarla, como saber desde antes o presentirla, Ahí viene, No tarda en llegar, esos sinónimos absurdos. Quién habría aprendido a no esperar, a alimentarse de su ausencia, a vivir como si se-hubiera-ido-para-siempre.

From our island with love, así diría: sellos como estrellas en el equipaje y en la frente.

Carabinera de la ausencia.

Bucanera internacional.





Yagunza de la vida recobrada.

Pistolera del tiempo.

Lo que quiero decir es que ese día preciso en que partiste yo había intentado./ Ah, Ana Luisa, eran los principios, las interminables premoniciones. Yo no sé qué hay de irracional e instintivo y loco y temible en unos nuevos senderos que ahora comienzo a trillar. Aparecen espectros, policías, abuelos como buitres en el comedor de tu casa, caras interminables, arquetípicas, noches en que mataron sin cesar a Pedro Pérez y la morbidez de la muerte inminente, la magia oscura de trabarte con los muertos, de dejarlos romper su torpe huevo en tu estómago y cagarte y orinarte y contagiarte su inexistencia; noches en que regresa *Pancho* y reconstruye su historia secreta, y quiebra mi silencio, y destruye la fortuita ira de vivir, a retazos, en el imperio de mi olvido.

Huitzilac. Apenas eso han sido, mixtura del olvido. (Párrafo prescindible.)

De ti, Ana Luisa, me apasiona mi terror. Esperar que llegaras: un orificio largo, una ansia inexplicable de tenerte: Era como si no te hubiera reconocido aún, y como si apenas los ángulos de mi mala suerte empezaran, con alguna firmeza, a meterse en la rutina mal hecha que otros llamaban tu vida. ¿Recuerdas?, nunca habías sido al llegar a esa ciudad



extraña, desconocida para los dos, la razón exclusiva, suficiente, de tu viaje, de las horas que lo precedían. Un oscuro haz de demonios desfondaba tu normalidad, te arrebatava a tus faenas cotidianas. Nadie tenía la culpa porque te amara, porque presintiera el ojo desastroso del abismo en tu alma. Esa era la densidad que en ti transitaba, que iba yo a inquirir cuando nos encontrábamos en la estación de cualquier ciudad, cuando te abrazaba con una discreción... Y la trivial aventura de llamarte, de llamarnos de algún modo. Minucioso desencanto el de encontrarnos cada semana en sitios diferentes.

Sí, Ana Luisa, hay una morbosa, enferma, turbia, dulce entidad que se llama hogar, sitio de todas las oscuras conformidades, de todos los fantasmas ciegos, de todos los crímenes y los reposos y todas las satisfacciones envueltas en un coito hecho de antemano y una dulce fatiga previa. Hay la amistad paternal de tu marido y las noches que de algún modo fueron verificables y las colchas hirvientes que han elegido como mórbidos escudos contra el mundo. Así, creo yo, no lleva muy lejos la rutinaria comparación entre nosotros: tú te debes a la familia; yo, que admito mi resignación, sueño con un libro como un río de terrores esenciales. La vida familiar, como hoy se te presenta, ¿no es de algún modo cabal la prehistoria, el rastro instintivo de una denominación invencible, la vieja derrota del rayo y el incendio, la voz de la madre, la caricia de la hermana, la llaga sin cauterizar del miedo puro, el abismo no salvado de la necesidad, las pertenencias de la sangre y la respiración, del deseo y la cárcel, el eczema rozado de una crucifixión eterna y minuciosa y la chingada?

Cómo arrancarte de esa eternidad, ¿cómo irte desprendiendo y empujarte hacia atrás en el tiempo, recuperarte una mañana de tus veinticuatro años, irte rozando dentro de mí hasta que tus manos tropiecen con el nudo ciego del dolor? La respuesta no la darán el aunque-vuelvas-mañana, el qué-triste-que-te-has-ido, el es-a-ti-a-quien-recuerdo. Así las cosas, nos estaremos buscando siempre, nos estaremos perdiendo sin cesar, entre los resplandores y el humo. Y dejaremos que la rutina haga lo suyo. Quizá abriremos los ojos para darle confianza al sueño...

Otra cosa y última:

Me he quedado aquí jugando con la hipótesis de que podrías haber llegado de pronto, locamente, sustraída de súbito al orden de los hábitos, de las obligaciones, de tus hijos y tu marido, y luego llego a casa y es otra vez el sello de aquella ciudad, de esa plazoleta de niebla, porque nunca sucede, no te has vuelto loca, no has perdido la razón, no has venido. Es la hora de salir de este antro (son las cuatro de la mañana y estoy perfectamente briago). Voy a tomar la ruta del Ródano y a paladear esa pálida alegría de que mañana no tengo que ir al Consulado, puedo dedicarme bien a tu ausencia, a



una parte cualquiera de esta ciudad que no conozco, que nunca rebosa sus límites, ni los nuestros. . .

Tuyo,

Julían.

6/X/29

Londres, medianoche.

Y de pronto no queda sino lo más directo de todo: un ir y venir al Consulado, la Jarocha que no se halla en Londres y quiere regresar a México y una fantasía vaga y persistente: La mujer camina por los muelles desiertos de Santa Cruz de Tenerife, y una raíz fosforescente brota entre sus muslos; con

ella se orienta, la raíz se mueve como un radar titilante, supiera, chinga sensible, como su fibra más que me acomodaba. Íntima; si la tocaras harías correr un resplandor por todo el cuerpo, sentirías un puñal en el culo. Mientras yo juego y me enamoro de ella, que va por los muelles de Santa Cruz, cumplo mis tareas, regreso a casa y vuelvo a soñar con ella.

No vivimos como queremos, sino como apenas podemos. . .

Hay que echar los recuerdos abajo de una patada, soltarles una jauría de rabiosos mastines, ahogarlos sin prisa en el gran basurero de las pesadillas. . .

Todo repercute en el *insight*; se pierde la fe, va quedando por ahí, adentro, el ánimo de no enseñar la cara, de no opinar, no jugar al gambito de una carrera intelectual en México; hasta hace unos días avanzaba aún con el ánimo de que la investigación sirviera para aclarar algo, para volver más verosímil lo que nos sucede; ahora sólo conservo el aliento estético de construir un todo a partir de los datos más dispersos y menos elocuentes que haya en el mundo: los papeles de un archivo.

Ah, ¿pero no nos queda la parodia como una forma de distancia, como un modo de percibir el aletear del espíritu en la jodida, pinche, agraviada maraña de nuestras propias miserables sensaciones que hasta ahora negamos y escondemos? Para qué el paciente estudio de la germanística, las interminables sesiones de culo leyendo a los románticos, sino para ejercer la implacable lectura desde nuestra propia trinchera y no desde ese espacio neutro del respeto y la previa complicidad, de situarse ante Thomas Mann, como quien se pone ante un ser de antemano superior, inaccesible e impracticable. Sí, uno de los rasgos supremos de nuestra cultura incipiente es su permanente *posteridad*. Para el *Gordo* la cultura es un imperecedero monumento, y tiene un sello de unidad y grandeza que nunca alcanzarán los mutilados restos de nuestra especie. Sin duda, esta actitud

reverencial transforma la crítica en retórica. No confundamos: la cultura está hecha de mierda, y es una especie de pesada catapulta. El *Gordo*, que se la ha pasado sacralizándola, debería ser el primero en admitirlo: su padre, después de todo un general Custer cualquiera, le abrió el camino; su pluma tiene algo de sangre en la espada de Don Bernardo. ¡Carajo!

Proyecto de cuento.

Con el entusiasmo juvenil propio de los primeros tanteos, y empuñando ciertos recursos apócrifos que decía haber rescatado una noche de sospechosas iluminaciones, Fernando de Scoracio, médico de su majestad y protomédico en los reinos de España, esperaba, mediante el uso consuetudinario de piedras, hierbas y medicinas que curasen la pestilencia, desenredar la complicada maraña de asuntos que otros arbitrariamente habían decidido calificar de irremediable mitomanía y falta absoluta del principio de la realidad.

Así fue como aquella mañana, antes de comenzar la brega cotidiana impuesta por las dolencias de sus clientes, olvidando un poco la avasalladora inconciencia de siempre, recordó que Alberto Magno recomendaba el uso de la piedra preciosa llamada carbúnculo o rubí, jacinto o zafir, para remediar la pestilencia.

No sin alguna tristeza provocada por esos paseos en las sombras, doliéndose de haber abandonado durante años la lectura de ciertos textos que ahora le serían de gran provecho, a pesar de su habitual sutileza para diagnosticar con toda precisión los males del lumbago, rodeado de colegas prehipocráticos que no acertaban a distinguir suficientemente lo objetivo de lo subjetivo, defendiendo todavía el principio de la vida como ecuación entre la *pyhis* y la *psiquis*, Scoracio acercó la navaja a la yugular y se cortó para siempre.

16/XI/29

Londres, medianoche.

Llego a pensar que los vicios incubados durante este tiempo, la mierda acumulada en los asesinatos y las escenografías de los pregoneros, todo aquello que se traduce en esta irritación silenciosa y humillante, sería una carga histórica excesivamente difícil de superar para la mejor de las revoluciones que pudiera pensarse. Yo tengo para mí que perdimos la oportunidad. La corrupción y la mala conciencia son ya nuestro ser constitutivo siquiera por una treintena de años. No quiero ni pensar en lo que esa misma miseria va engendrando. Si la Virgen María même bajara de los cielos a la calle de Madero, correría el consabido tour: Sirvienta, mesera, putona, y si buena nalga, corista del Folies.